

# BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO





# ÍNDICE

---

## **Santa Sede**

El Santo Padre nombra a Monseñor Ángel Fernández Collado Obispo auxiliar de Toledo.....	177
---	-----

## **Sr. Arzobispo**

### *I. Escritos dominicales*

-El Pan partido para la vida del mundo, 2 de junio.....	179
-La alegría de la fe: el Espíritu Santo (2), 9 de junio.....	180
-La alegría de la fe: el Espíritu Santo (3), 16 de junio.....	181
-La alegría de la fe: el Espíritu Santo (4), 23 de junio.....	183
-Creer en y con la Iglesia, 30 de junio.....	184

### *II. Homilias*

-Solemnidad del Corpus Christi, 2 de junio.....	187
-Acto de Proclamación de la Fe y Encuentro Mariano de Imágenes Coronadas, 29 de junio.....	189
-Ordenación de Presbíteros y Diáconos, 30 de junio.....	192

## **Secretaría General**

### *I. Decretos*

-Aprobación de estatutos:	
-Hermandad de Nuestra Señora de Peñitas, de Oropesa.....	197
-Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad, de Sonseca.....	198

<i>II. Sagradas Órdenes.....</i>	199
----------------------------------	-----

<i>III. Nombramientos.....</i>	200
--------------------------------	-----



Año CLXVII - Núm. 6

Junio 2013

# ARZOBISPADO DE TOLEDO

## BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

## SANTA SEDE

### NOTA OFICIAL DE LA "SALA STAMPA"

#### **EL SANTO PADRE FRANCISCO NOMBRA A MONSEÑOR ÁNGEL FERNÁNDEZ COLLADO, OBISPO AUXILIAR DE TOLEDO**

El Santo Padre ha nombrado el viernes, 28 de junio:

A monseñor **ÁNGEL FERNÁNDEZ COLLADO**, como obispo auxiliar de la archidiócesis de Toledo, Primada de España (superficie: 19.333; población: 729.200; católicos: 638.500; sacerdotes: 465; religiosos: 958) en España.

El obispo electo nació en 1952 en Los Cerralbos (España). Fue ordenado sacerdote en 1977. Es Doctor en Historia de la Iglesia y Licenciado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Está diplomado en Archivística por la Escuela Vaticana de Paleografía.

En su ministerio pastoral ha sido vicario parroquial de las parroquias de El Buen Pastor y de San José Obrero; asistente diocesano de la Acción Católica femenina; capellán de las Siervas de María; auxiliar del archivo de la Catedral Primada; secretario adjunto para los Estudios visigóticos y mozárabes de Toledo; postulador para las Causas de Canonización; decano-tutor de la sección de Teología Santa del Instituto Teológico San Ildefonso en el seminario mayor de Toledo; delegado episcopal para Cáritas Diocesana, para el patrimonio artístico y cultural y para la Vida Consagrada; director de la Secretaría para la formación permanente del clero; provicario General.

En la actualidad es profesor de Historia de la Iglesia en el seminario concii-

liar de San Ildefonso; capellán mozárabe y canónigo de la Santa Iglesia Catedral Primada; profesor, director adjunto y coordinador del bienio de Historia de la Iglesia del Instituto de Estudios Teológicos San Ildefonso de Toledo; archivero de la Catedral Primada y de las Bibliotecas Capitulares (desde 2003), vicario general y moderador de la curia, coordinador de la Sección Histórica del Aula de Estudios Hispano-mozárabes. Hasta ahora era vicario general de la archidiócesis de Toledo.

Ciudad del Vaticano, 28 de junio de 2013

# SR. ARZOBISPO

---

## I. ESCRITOS DOMINICALES

### EL PAN PARTIDO PARA LA VIDA DEL MUNDO

#### Escrito dominical, 2 de junio

La Eucaristía es tan grande que no basta para conmemorarla la tarde/noche del Jueves Santo en la Misa en la Cena del Señor, y la adoración en el Monumento hasta la media noche y aun el Viernes Santo al llegar la celebración de la muerte de Cristo. Que Jesús se quede con nosotros, cuando celebramos la entrega de su Cuerpo y Sangre hasta que Él vuelva, es algo inaudito. No extraña, pues, que este misterio adorable sea celebrado más festivamente que el Jueves Santo en la fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo. “Es el día del Señor”, se dice todavía en el pueblo cristiano, mostrando la fuerza del Santísimo Sacramento que perdura en la cultura de la Iglesia desde el siglo XII.

Siempre me pregunto qué consecuencias trae para mí vida la presencia llamada “real” de Cristo en la Eucaristía y por qué el entusiasmo de nuestras gentes que preparan altares y adornan calles, balcones y ventanas con tanta profusión. Uno se ha acostumbrado a estudiar la vida de Jesús, el ambiente que rodeó su existencia, a investigar cómo han llegado hasta nosotros las palabras y los hechos de Cristo que llamamos Evangelios. También qué tipo de textos son los *escritos* evangélicos. Sin duda es algo importante. Es incluso apasionante.

Pero nada es comparable con el conocimiento de fe en Jesucristo sencillamente porque, como dice el Papa Francisco “La Iglesia es quien me trae a Cristo y me lleva a Cristo” (Homilía del día de Pentecostés 2013). ¡Ah, esto es otra cosa! Es un encuentro con Él, con su Persona viva, palpitante. No son ya temas que estudio, formas de entender la realidad, maneras de acercarse a una figura histórica, pero del pasado. La presencia real de Cristo en la celebración de la Eucaristía es actual. Yo tendré que hacer un acto de fe, pero sé que Él está ahí, siempre dispuesto para mí, capaz de encandilar mi corazón vacilante y de mostrarme su rostro y de llevarme a vivir como Él, en el amor a Dios y a los que me rodean, me sean o no simpático, amigos o enemigos

Ese es el otro aspecto de la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo: el amor fraterno, la vivencia del mandamiento nuevo del Señor. Basta leer 1Cor 11 ó 1 Cor 13 para caer en la cuenta lo que supone celebrar la Cena del Señor. Si yo experimento que Cristo “me amó y se entregó por mí”, ¿cómo no entender que lo hizo por el que está a mi lado o camina por las mismas calles o habita en mi entorno? Los Santos Padres mucho insisten en tener bien los templos para la celebración eucarística, pero igualmente por vestir a Cristo en el desnudo,

visitarle encarcelado, hambriento en los que pasan todo tipo de hambres, parado en los que no tienen trabajo, que sufre en los desgraciados.

Mucho hay que celebrar en la fiesta del Corpus Christi; mucho que meditar y adorar, pero ¿os acordaréis también de los pobres en la colecta que la Iglesia diocesana hace ese día del que celebramos “Pan partido para la vida del mundo”?

## LA ALEGRÍA DE LA FE: EL ESPÍRITU SANTO (II)

### Escrito dominical, 9 de junio

Del Espíritu Santo el *Credo* dice que es “Señor y dador de vida”. *Dominum et vivificantem* es una de las encíclicas de Juan Pablo II, en su largo y rico magisterio papal, dedicada al Espíritu Santo. Ahí pueden encontrar los católicos enseñanzas muy válidas sobre el Espíritu Santo creador. Yo me centraré en algún aspecto me parece que importante en este momento de la vida de la Iglesia.

Ante todo está la afirmación que encontramos ya en el relato de la creación en el libro del Génesis. Allí se habla del Espíritu creador que aletea sobre las aguas, crea el mundo y lo renueva sin cesar. La fe en este Espíritu creador es un contenido esencial del *Credo* cristiano. Significa que la materia está llena de espíritu con una estructura, que es el fundamento en el que se apoyan las ciencias modernas de la naturaleza. Nuestro espíritu sólo es capaz de interpretarla y de modificarla activamente porque la materia está estructurada de modo inteligente. El hecho de que esta estructura inteligente procede del mismo Espíritu creador que también a nosotros nos dio el espíritu, implica a la vez una tarea y una responsabilidad con respecto a la tierra, la cual no es simplemente propiedad nuestra, que podemos explotar según nuestros intereses y deseos.

Más bien es un don del Creador, que trazó sus ordenamientos intrínsecos y de ese modo nos dio las señales de orientación a las que debemos atenernos como administradores de su creación. Además, el hecho de que la tierra y el cosmos reflejan el Espíritu creador significa también que sus estructuras racionales llevan en sí igualmente una orientación ética. El Espíritu que las ha plasmado es más que matemáticas, es el Bien en persona, el cual, mediante del lenguaje de la creación, nos señala el camino de la vida eterna.

Pero para el Papa Benedicto XVI, dado que la fe en el Creador es parte esencial del *Credo* cristiano, la Iglesia no puede y no debe limitarse a transmitir a sus fieles sólo el mensaje de salvación. Tiene una responsabilidad con respecto a la creación y debe cumplir esta responsabilidad también en público.



Al hacerlo, no sólo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenece a todos, y no es únicamente tarea de los ecologistas. *También debe proteger al hombre contra la destrucción de sí mismo.* Es la ecología del ser humano, entendida correctamente. Y cuando la Iglesia habla de la naturaleza del ser humano *como hombre y mujer*, pide que se respete este orden de la creación, que no es una metafísica superada.

Aquí se trata, de hecho, de la fe en el Creador y de escuchar el lenguaje de la creación, cuyo desprecio sería la autodestrucción de la obra misma de Dios. Y hay que decir muy alto que lo con frecuencia se expresa y se entiende con el término “*gender*”, género, se reduce en definitiva a la auto-emancipación del hombre de la creación y del Creador. El hombre y la mujer quieren así hacerse por sí solos y disponer siempre y exclusivamente por sí solo de lo que le atañe. Pero hay que saber que de este modo *vive contra la verdad de sí mismo*, vive contra el Espíritu creador. Y esta conducta no deja de afectar negativamente al ser humano. ¿Saben los católicos lo que esto significa?

Pues que los bosques tropicales merecen nuestra protección, pero también la merece el hombre como criatura, en la que está inscrito un mensaje que no significa contradicción contra nuestra libertad, sino su condición. Por ejemplo, grandes teólogos calificaron el matrimonio, es decir, *la unión de un hombre y una mujer* para toda la vida, como sacramento de la creación, que el Creador mismo instituyó y que Cristo, sin modificar el mensaje de la creación, acogió después en la historia de la salvación como sacramento de la nueva alianza.

El testimonio, pues, en favor del Espíritu creador presente en la naturaleza en su conjunto y de modo especial en la naturaleza del hombre, creado a imagen de Dios, forma parte del anuncio que la Iglesia debe transmitir. Es también defender el amor contra la sexualidad como consumo, y el futuro contra la pretensión exclusiva del presente y la naturaleza del hombre contra su manipulación.

## LA ALEGRÍA DE LA FE: EL ESPÍRITU SANTO (III)

### Escrito dominical, 16 de junio

Si el Espíritu creador se manifiesta ante todo en la grandeza silenciosa del universo, y en su estructura inteligente, resulta que la fe, además de esto, nos dice algo inesperado: que este Espíritu también habla, por así decirlo, con palabras humanas; ha entrado en la historia y, como fuerza que actúa en la historia y la forja, es también un Espíritu que habla; más aún, es la Palabra que sale a nuestro encuentro en los escritos del Antiguo y el Nuevo Testamento. San Ambrosio, en una de sus cartas (Ep. 49,3), explica lo que significa esto

para nosotros: «También ahora, mientras leo las divinas Escrituras, Dios pasea por el paraíso».

De manera que, al leer la Escritura, podemos también hoy andar en el jardín del paraíso y encontrarnos con Dios que pasea por allí. El tema del Espíritu Santo, que fue tratado en el Sínodo dedicado a la Palabra de Dios, y el contenido de la JMJ Sydney 2008, dedicado al Espíritu Santo, sin duda han sido bien estudiados y rezados por la Iglesia universal en estos años últimos. Ahora quisiera que también los lectores de «Padre nuestro» aprendieran que, al leer la Escritura, Cristo y el Espíritu Santo son inseparables entre sí. «El Señor es el Espíritu», dice san Pablo en 1 Cor 3,17, que significa no sólo que hay unidad trinitaria entre el Hijo y el Espíritu Santo, sino que cuando nuestro Dios ha querido salvarnos a los hombres y mujeres han ido «de la mano» el Hijo de Dios y el Santo Espíritu. Entendemos que un padre de la Iglesia haya dicho que el Hijo y el Espíritu son como las dos manos de Dios Padre.

Por eso una vez que la pasión y la resurrección de Cristo han sucedido, esto es, el misterio pascual, se han rasgado los velos del sentido meramente literal de las palabras de la Escritura y nos damos cuenta de la presencia del Dios que está hablando. Al leer la Biblia, pues, aprendemos a escuchar en las palabras humanas la voz del Espíritu Santo y descubrimos la unidad que hay en ella. Piensen ahora, para comprender mejor lo que hemos expuesto, ese relato del evangelio de san Juan (20,19-23) que describe la primera aparición del Resucitado ante los discípulos: el Señor sopla sobre los discípulos y así les infunde el Espíritu Santo. El Espíritu es en realidad el soplo de Cristo. Y del mismo modo que el soplo de Dios en la mañana de la creación transformó el polvo de la tierra en el hombre viviente, así el soplo de Cristo nos acoge en la comunión con el Hijo, y nos hace nueva creación. Por eso, es el Espíritu Santo quien nos hace decir, juntamente con el Hijo: «Abbá, Padre» (cf. Jn 20,22; Rom 8,15).

Pero hay más. Hay una espontánea conexión entre el Espíritu y la Iglesia. Si ustedes leen 1 Cor 12 y Rm 12, verán cómo el Apóstol se refiere a la Iglesia como Cuerpo de Cristo y precisamente así como organismo del Espíritu Santo, en el que sus dones funden a los que formamos la Iglesia en una unidad viva. El Espíritu Santo es el Espíritu del Cuerpo de Cristo. Y en el conjunto de este Cuerpo encontramos cada uno de los cristianos nuestra tarea, y vivimos los unos para los otros y los unos en dependencia de los otros, viviendo en profundidad de Aquel que vivió y sufrió por todos nosotros y que, mediante su Espíritu, nos atrae a sí en la unidad de los hijos de Dios.

Para aquellos que tal vez en ocasiones sientan que no comprenden del todo quién y qué es la Iglesia, por fijarse en exceso en lo externo o más en la organización jerárquica o por otras causas, yo les recordaría la pregunta que hacía san Agustín, cuando comenta el evangelio de san Juan: «¿Quieres

vivir también tú del Espíritu de Cristo? Entonces, permanece en el Cuerpo de Cristo». Esto es, permanecer en el Cuerpo de Cristo es vivir la Iglesia desde dentro, y de este modo las cosas se ven de otra manera. Pero no porque a uno le hayan «comido el coco», sino porque sólo desde dentro de la familia se entienden mejor las cosas que allí pasan, e incluso cualquier crítica se hará de modo más objetivo, con más amor y efectividad, porque el Espíritu de Cristo nos da el sentir de Dios.

## LA ALEGRÍA DE LA FE: EL ESPÍRITU SANTO (IV)

### Escrito dominical, 23 de junio

Profesar nuestra fe en la presencia y en la acción del Espíritu Santo nos debe llevar siempre a invocar su venida sobre nosotros, sobre la Iglesia y sobre el mundo entero. Y tenemos una invocación preciosa en la liturgia de la Iglesia: ¡Veni, Sancte Spiritus! ¡Ven, Espíritu Santo! Es una invocación sencilla e inmediata, pero a la vez extraordinariamente profunda, que brota ante todo del mismo corazón de Cristo. En efecto, es el Espíritu el don que Jesús pidió y pide continuamente al Padre para sus amigos; es éste el primer y principal don que nos ha obtenido Cristo con su Resurrección y Ascensión a los cielos.

Recordemos que fue en la Última Cena cuando Jesús dijo a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (Jn 14,15-16). Esta oración de Jesús, que nos revela su corazón orante y fraterno, alcanzará su cima al día siguiente en la cruz, donde la invocación de Cristo es una sola cosa con el don total que Él hace de sí mismo. Es el sello mismo de su entrega por amor al Padre y por la humanidad; aquí, además, la invocación de Jesús y la donación del Espíritu Santo se encuentran, se compenetran y se convierten en una única realidad.

La oración de Jesús –la de la Última Cena y la de la cruz– en realidad es una oración que Él continúa en el cielo, donde está Cristo sentado a la derecha del Padre. Sí, hermanos, es impresionante que Jesús viva siempre su sacerdocio de intercesión en favor del Pueblo de Dios y de la humanidad y que, por tanto, rece por todos nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo. ¿Cómo, si no, podríamos existir como Iglesia? Sin la ayuda del Espíritu de Cristo, no seríamos sino un grupo más, una secta, un esfuerzo por permanecer por nosotros mismos. Del Hijo de Dios muerto, resucitado y vuelto al Padre brota ahora sobre la humanidad, con inédita energía, el sople divino, el Espíritu Santo.

¿Y qué produce esta nueva y potente autocomunicación de Dios? Son

realidades muy hermosas: donde hay laceraciones, heridas y divisiones, el Espíritu crea unidad y comprensión. Se pone en marcha un proceso de reunificación entre las partes de la familia humana, divididas y dispersas; las personas que compiten o entran en conflicto entre sí son alcanzadas por el Espíritu de Cristo, y se abren a la experiencia de la comunión.

Este es el efecto de la obra de Dios: la unidad, que es como la «tarjeta de visita» de la Iglesia a lo largo de la historia universal. No olvidemos que, desde el día de Pentecostés, la Iglesia habla todas las lenguas. Porque la Iglesia universal precede a las Iglesias particulares, y éstas deben conformarse siempre a ella, según un criterio de unidad y de catolicidad. Por eso la Iglesia nunca llega a ser prisionera de fronteras políticas, raciales y culturales; no se puede confundir con los Estados ni tampoco con las Federaciones de Estados, porque su unidad es de otro tipo y aspira a cruzar todas las fronteras humanas.

De esto, hermanos católicos, se deriva un criterio práctico de discernimiento para la vida cristiana: cuando una persona, o una comunidad, se cierra en su modo de pensar y de actuar, es signo de que se ha alejado del Espíritu Santo. El camino de los cristianos y de las Iglesias particulares o Diócesis siempre debe confrontarse con el de la Iglesia una y católica, y armonizarse con él. Lo cual no significa que la unidad creada por el Espíritu Santo sea una especie de igualitarismo. No, ese es el modelo de Babel, que es la imposición de una cultura de la unidad «técnica». La unidad del Espíritu se manifiesta en la pluralidad de la comprensión. La Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. Sólo responde a su vocación, si permanece autónoma de cualquier Estado y de cualquier cultura particular, esto es, si es católica.

## **CREER EN Y CON LA IGLESIA**

### **Escrito dominical, 30 de junio**

No acabamos los católicos de entender bien la Iglesia. Sería preciso leer con cariño los números 751-757 del Catecismo de la Iglesia Católica para ver cómo hablan acerca de ella. En cualquier caso, nosotros no creemos en la Iglesia del mismo modo que creemos en el Dios Trino y Uno. Es verdad, y conviene por ello citar un texto luminoso: «Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas» (LG 1).

Quiero decir que creer en la Iglesia depende enteramente para los católicos de los artículos que en el Credo se refieren a Cristo Jesús, pues la Iglesia no

tiene otra luz que la de Cristo: ella es comparable a la luz de la luna cuya luz es reflejo del sol; igualmente lo que creemos de la Iglesia depende enteramente de lo que creemos respecto al Espíritu Santo. Para nosotros, pues, creer en Dios es inseparablemente creer en Aquel que Él ha enviado, «su Hijo Amado». Dios nos ha dicho que escuchemos a su Hijo. Tampoco se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. En realidad es el Espíritu Santo el que revela a los hombres quién es Jesucristo. De manera que la Iglesia no cesa de confesar su fe en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Es una idea romántica, alejada de la realidad, pensar que, en un momento dado, después de la muerte de Jesús, los Apóstoles con otros hombres y mujeres se pusieron de acuerdo para que la Iglesia comenzara su existencia con un acto fundacional. Los Doce sabían bien que se malentende el mensaje de Jesús si se lo separa del contexto de la fe y de la esperanza del pueblo escogido, el pueblo de la primera Alianza: Israel. Jesús se dirige ante todo a Israel (cf. Mt 15, 24), para «reunirlo» en el tiempo final que llega con Él; quiere Cristo congregarse al pueblo de Dios, que ha venido a reunir, purificar y salvar, aunque Él exhorta a la conversión personal. Y es que no ha habido nunca primero creyentes sin Iglesia, pues ella precede siempre a los que creen en Cristo. El Hijo de Dios ha venido precisamente para unir a la humanidad dispersa, ha venido para congregarse, esto es, para «hacer la Iglesia».

Justamente por ello Jesús instituye los Doce, que remite evidentemente a las doce Tribus de Israel. Superado desde hacía tiempo el sistema de las doce Tribus, la esperanza de Israel, no obstante, espera su reconstrucción como signo de la llegada del tiempo final. Al elegir a los Doce, para introducirlos en una comunión de vida consigo y hacerles participes de su misión de anunciar el Reino con palabras y obras, Jesús quiere manifestar que ha llegado el tiempo definitivo en el que se constituye de nuevo el pueblo de Dios, el pueblo de las doce Tribus, que se transforman ahora en el pueblo universal, su Iglesia.

También tiene los rasgos fundacionales de la Iglesia la última Cena, pues en ella, antes de su pasión, encomienda a los Apóstoles la misión de celebrar su memorial. Muestra así Cristo cómo quería transmitir a toda la comunidad en la persona de sus «enviados» el mandato de ser, en la historia, signo e instrumento de la reunión final iniciado con Él. Jesús en esta memorable Cena se da a sí mismo y crea así una nueva comunidad, una comunidad unida en la comunión con Él mismo.

En los santos Apóstoles Pedro y Pablo, con el resto de los Apóstoles, el discípulo de Cristo, dentro de la Iglesia, puede respirar a pleno pulmón, y creer tantas cosas bellas, verdaderas, dignas de amor y fe, que yo no puedo entender que la Iglesia esté fuera de mí o que sea yo alguien que pueda considerarla ajena a mi persona. Me siento en ella gratificado y enriquecido totalmente, porque me ha dado sobre todo a Cristo, el que me revela al Padre en el Espíritu

Santo; he podido conocer y amar a la Virgen, la primera entre nosotros por su apertura a Dios, a tanto hermanos y hermanas. Nada de la Iglesia me es ajeno. Una vez que he entrado por la gracia de Dios en esta santa Mansión, que tiene unas dimensiones más vastas que el universo, y nos hemos hecho miembros del Cuerpo místico, «no disponemos ya solamente de nuestras propias fuerzas para amar, comprender y servir a Dios, sino de las de todos sus miembros a un tiempo, desde la Virgen bendita en lo más alto de los cielos hasta el pobre leproso africano que lleva una campanilla en la mano y se sirve de una boca medio podrida para balbucear las respuesta de la misa». Es la Ecclesia Mater, la Madre Iglesia.

Este impresionante texto, que puede leerse en «Meditación sobre la Iglesia» de H. de Lubac, nos indica que toda la creación visible e invisible, todo el pasado, todo el presente, todo el porvenir, toda la naturaleza, todo el tesoro de los santos multiplicados por la Gracia, todo eso está a nuestra disposición. Todos los santos nos pertenecen, de modo que podemos servirnos de la inteligencia de Santo Tomás, del brazo de san Miguel, el corazón de santa Catalina de Siena o de santa Teresa de Jesús, y cuanto de bueno se hace de un extremo al otro de la tierra: el heroísmo de los misioneros, la inspiración de los doctores, la generosidad de los mártires, el genio de los artistas, la oración inflamada en amor de las clarisas, las carmelitas y otras hermanas contemplativas es como si fuésemos nosotros los que oramos y hacemos.

Cuando en el Evangelio vemos que Jesús dice a Pedro: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16,18), o cuando, después de su resurrección, dice a todo el grupo de los Doce: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 18-20), tenemos los cristianos la convicción de que en la Iglesia nadie puede remplazar a los Doce como «fundadores» de la Iglesia; así también comprendemos que los obispos son ahora sus sucesores en la función permanente de anunciar el misterio y de realizar su celebración sacramental, sin la que la Iglesia cesaría de existir tal como Cristo la ha querido y la ha establecido. Y entendemos además que el Obispo de Roma, desde los primeros tiempos, se ha comportado como sucesor particular de san Pedro, en su función de asegurar la unidad del colegio apostólico y de la misma Iglesia.

Por muy enraizada que esté en la historia la Iglesia, sin embargo, no es esclava de ninguna época, de cosa alguna cuya esencia es temporal: «El mensaje que ella debe transmitir y la vida que debe propagar nunca son solidarios ´ ni de un régimen político, ni de una situación social, ni de una forma determinada de civilización ´ y esto tiene que recordarlo enérgicamente contar falsas evidencias que resultan de los lazos que crea la costumbre (...) No está fundada sobre

ninguna otra roca sino sobre la fe de Pedro, que es la fe en Jesucristo. No es ni un partido ni una sociedad cerrada. Nunca se resignará, por sólo el bienestar de aquellos que tradicionalmente le son fieles, a permitir que se la separe de los que todavía no la conocen. En los hombres reales, que al menos virtualmente son todos hijos suyos, ella no ve adversarios. Ella pretende librarlos de todo mal llevándolos a su Salvador» (H. de Lubac, o.cit, p. 223).

Crear en la Iglesia y con la Iglesia no es, pues, algo que sea optativo para un católico. Es una necesidad, una lógica consecuencia de haber escuchado a Cristo y haberse encontrado con Él, acontecimiento que, por otro lado, sucede de manera plena únicamente en la Iglesia.

## II. HOMILÍAS

### SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

#### S. I. Catedral Primada, 2 de junio

Tras haber escuchado la palabra de Dios, que nos ha alimentado en este banquete en la primera parte de la celebración de la fiesta del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, comenzaré con una oración: “Dios todopoderoso y eterno, dame, te lo ruego, no recibir simplemente el sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre, sino toda la fuerza y eficacia del sacramento. Dios lleno de dulzura, concédeme recibir de tal modo el Cuerpo de tu Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, el que Él recibió de la Virgen María, que merezca ser incorporado a su Cuerpo místico y contado entre sus miembros. Padre lleno de amor, concédeme que a este tu Hijo muy amado pueda un día contemplarlo a cara descubierta y por la eternidad, a Él que, siendo Dios, vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

¡Merecer ser incorporado al Cuerpo de Cristo y ser contado entre sus miembros! ¿Hay gracia mayor que ésta? El milagro de la multiplicación de los panes y los peces señala precisamente que la Eucaristía es dada a los hombres, precisamente porque en la multitud hambrienta y extenuada descubrimos al hombre y la mujer de todos los tiempos que espera algo de Cristo. Y los Apóstoles sienten la tentación de despedirlos para que vayan a otro lugar a buscar alojamiento y comida. Pero el Señor aprovecha ese momento para mostrar que Él es el verdadero alimento. Y es que no podemos despedir a nadie sin darle la oportunidad de gustar la Eucaristía. Después, uno se puede marchar si quiere, pero tiene que haber podido encontrarse con Cristo. Y así hasta que el Señor vuelva estaremos proclamando su muerte y resurrección y ofreciendo su Cuerpo y su Sangre al que quiera.

Pero no olvidemos que esta hermosa tarea no es posible sin la Iglesia, porque Jesucristo en su acción salvadora ha hecho de la Eucaristía “el corazón de la Iglesia”, de modo que vale decir tanto que la “Eucaristía hace la Iglesia” como que “La Iglesia hace la Eucaristía”. Misterio grande este, que ya san Pablo explicó al establecer esa relación tan estrecha entre la doctrina de la Iglesia y la Eucaristía. La Iglesia hace la Eucaristía, porque su sacerdocio fue instituido principalmente para este fin: “Haced esto en memoria de Mí”. Sí hermanos, la Iglesia, sacerdotes y fieles, somos el sujeto celebrante de la Eucaristía, en la diferencia y en la comunión de funciones. Y, a su vez, la Eucaristía hace la Iglesia, porque el cuerpo social, el “cuerpo de los cristianos”, congregado en torno a los pastores visibles para la “manducación del Señor”, se convierte en el Cuerpo *místico* de Cristo.

Ahora bien, para san Pablo no hay más que un solo Cuerpo de Cristo, que es su humanidad resucitada. Pero la Iglesia, que no existe sino por la participación de esta humanidad de Jesús, hecho “Espíritu vivificante”, que nos es ofrecido en la Eucaristía, no es más que la plenitud de Aquel que se completa a sí mismo plenamente en todo. “El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues comemos del mismo pan” (1 Cor 10,16-17).

Así que la fórmula de san Pablo “Cuerpo de Cristo” tiene en realidad tres sentidos: 1) cuerpo del Señor crucificado según la carne y vivificado por el Espíritu en la resurrección. A él la cantamos: “Ave Verum Corpus natum ex Maria Virgine”. 2) Cuerpo de Cristo que recibimos al comer el Pan eucarístico, 3) y Cuerpo de Cristo, que es la comunidad de los bautizados, “enmembrados” en el Cuerpo muerto y resucitado, y nutridos en el Cuerpo entregado por nosotros. Por el cuerpo eucarístico los cristianos entran en comunión con el cuerpo del Señor, y el resultado de esta comunión es el cuerpo eclesial.

Es algo realmente magnífico, precioso, increíble, pues todos somos miembros de su Cuerpo y cada uno miembro del otro. Precisamente LG 26, refiriendo cómo se reúnen los fieles por el anuncio del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor en todas las comunidades de fieles, aunque sean pequeñas y pobres, nos indica la razón de esta celebración: “para que por la comida y la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad”. Es una afirmación de nuestra Liturgia hispano-mozárabe. Y “la participación en el cuerpo y sangre de Cristo hace precisamente que nos convirtamos en aquello que recibimos”.

No se construye, pues, “ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía. En ella, por tanto, ha de empezar toda la formación en el espíritu de la comunidad. Esta celebración, para ser sincera y plena, debe conducir tanto a las diversas obras de caridad



y a la ayuda mutua como a la actividad misionera y a las diversas formas de testimonio cristiano” (PO 6).

La Iglesia no será fuerte en el amor de Cristo, mientras no se comprenda que la participación en la Eucaristía nutre y acrecienta por una parte el amor y la unidad en la Iglesia, y por otra la impulsa a la evangelización con las palabras y con los hechos. Ese es el alcance, a mi entender, que quiere darle el Papa Francisco a la adoración a Cristo Eucaristía: el gesto significativo de sentirse todos unidos, a la misma hora, en tantos lugares donde acontece la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El amor de Cristo, además, urge y apremia a los cristianos a entregar su vida por el Señor y por los hermanos (cf. 2 Cor 5,14ss).

Os invito, hermanos, a pedirle al Señor en este día del Corpus que nos haga dignos de participar en sus santos misterios para santificación del alma, del cuerpo y del espíritu, y hallemos parte y alcancemos la herencia con todos los santos que desde el comienzo de la Iglesia te agradaron. Pidamos que el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones al recibir el cuerpo de Cristo, nos otorgue un amor humilde y paciente, que venza el oído y el egoísmo, que con la concordia supere las divisiones, que con la generosidad nos abra al clamor de los necesitados y nos dé entrañas de misericordia y de paz.

Gracias a la Eucaristía los grandes cristianos, los santos, no han huido de lo difícil ni han buscado soluciones aparentes. Precisamente en las sobras que recogen los Apóstoles, doce cestos,, se simboliza que la Eucaristía va a durar siempre, hasta que Cristo vuelva, como dice san Pablo. Contemplando y gustando este sacramento, se dilata también el horizonte de la vida cristiana de cada uno de nosotros y el modo de afrontar la misión que nos ha sido dada por el Señor.

## ACTO DE PROCLAMACIÓN DE LA FE Y ENCUENTRO MARIANO DE IMÁGENES CORONADAS

### S. I. Catedral Primada, 29 de junio

La comunión eclesial es una aspiración siempre necesaria, uno de esos contenidos de la fe católica imprescindibles. Nuestro pasado curso pastoral ha subrayado la comunión entre los que formamos la Iglesia diocesana como un ingrediente fundamental para la buena comida que alimenta y da sabor. Recuerden que subrayábamos que **la comunión de la Iglesia diocesana y la iglesia doméstica ayuda a redescubrir la fe**. La comunión eclesial es suscitada y sostenida por el Espíritu Santo, y es conservada y promovida por el ministerio apostólico, el que ejercen el Papa y los obispos en sus diócesis.

Es lógico: a esta comunión la llamamos Iglesia, y abarca todos los tiempos y a todas las generaciones. Y es que tenemos una doble universalidad: estamos unidos en todas las partes del mundo, y, en segundo lugar, todos los tiempos nos pertenecen. En esta comunión, pues, estamos unidos a los creyentes en Jesucristo en todas las partes del mundo y a todos los creyentes del pasado y los del futuro, con los que formamos una gran comunión. Y os digo, queridos hermanos, que esta comunión nos es necesaria sobremanera.

¿Quién garantiza esta unión sino el Espíritu Santo con su presencia activa en el misterio en la historia? Él es el que asegura su realización a lo largo de los siglos. Gracias al Espíritu Paráclito, la experiencia de Jesús Resucitado, que hizo la comunidad apostólica en los orígenes de la Iglesia, las generaciones que hemos venido después hemos podido vivirla siempre en cuanto transmitida y actualizada en la fe, en el culto y en la comunión del Pueblo de Dios, peregrino en el tiempo. Por ello, nosotros ahora vivimos el encuentro con el Resucitado no sólo como algo pasado, sino en la comunión presente de la fe, de la liturgia, de la vida de la Iglesia.

La Tradición apostólica de la Iglesia consiste en esta transmisión de los bienes de la salvación, que hace de la comunidad cristiana la actualización permanente, con la fuerza del Espíritu, de la comunión que vivió la primera comunidad cristiana, la comunidad de los Apóstoles. De modo que la Tradición se llama así porque surgió del testimonio de los Apóstoles y de la comunidad de los discípulos en el tiempo de los orígenes de la Iglesia, fue recogida por inspiración del Espíritu Santo en los escritos del NT y en la vida sacramental, en la vida de fe, y a ella –a esta Tradición, que es toda la realidad siempre actual del don de Jesús- la Iglesia hace referencia continuamente como a su fundamento y a su norma a través de la sucesión ininterrumpida del ministerio apostólico, en Toledo a través de los 120 obispos que hemos servido a esta Iglesia.

Jesús, en su vida histórica, limitó su misión curiosamente a la de Israel, pero dio a entender que el don no sólo estaba destinado al pueblo de Israel, sino también a todo el mundo y a todos los tiempos. Sabemos que el Resucitado encomendó de modo explícito a los Apóstoles la tarea de hacer discípulos a todas las naciones, garantizando su presencia y su ayuda hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28,19s). Lógicamente para que la salvación de Cristo sea universal se requiere que el memorial de la Pascua se celebre sin interrupción en la historia hasta la vuelta gloriosa de Cristo. Nosotros sabemos que celebrar el pan de vida es celebrar que sin la Presencia de Jesús, sin el don que Él nos hace de su vida, nuestras vidas se secan, se empobrecen, se mueren.

Pero, ¿quién actualizará la presencia salvífica del Señor Jesucristo mediante el ministerio apostólico de los Apóstoles y sus sucesores y a través de toda la vida del pueblo de la nueva alianza? La respuesta es clara: el Espíritu Santo,

según aquellas palabras de Jesús: “Vosotros sois testigos de estas cosas. Voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre” (Lc 24,48s). “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (He 1,8). Y esta promesa, al inicio increíble, se realizó ya en tiempo de los Apóstoles: “Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen” (He 5,32).

La Iglesia crece y camina, pues, “en el temor del Señor, llena de la consolación del Espíritu Santo” (He 9,31). Esta permanente actualización de la presencia activa de nuestro Señor Jesucristo en su pueblo, obrada por el Espíritu Santo y expresada en la Iglesia a través del ministerio apostólico y la comunión fraterna, es lo que en sentido teológico se entiende por el término Tradición: no es la simple transmisión material de lo que fue donado al inicio a los Apóstoles, sino la presencia eficaz del Señor Jesús, crucificado y resucitado, que acompaña y guía mediante el Espíritu Santo a la comunidad reunida por él. La Tradición es igualmente la comunión de los fieles en torno a los legítimos pastores a lo largo de la historia, una comunión que el Espíritu Santo alimenta asegurando el vínculo entre la experiencia de la fe apostólica, vivida en la comunidad primera, la de los Apóstoles, y al experiencia actual de Cristo en su Iglesia.

Gracias a la Tradición, garantizada por el ministerio de los Apóstoles y de sus sucesores, el agua de la vida que brotó del costado de Cristo y su sangre saludable llegan a las mujeres y a los hombres de todos los tiempos. Así, la Tradición es la presencia permanente del Salvador que viene a encontrarse con nosotros, para redimirnos y santificarnos en el Espíritu mediante el ministerio de su Iglesia, para gloria del Padre. Resumiendo, hermanos, podemos decir que la Tradición no es transmisión de cosas o palabras, una colección de cosas muertas. La tradición es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El río que nos lleva al puerto de la eternidad, en el que se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Os invito, hermanos, a vivir toda esta hermosa realidad de nuestra fe católica en presencia de la Madre del Redentor, Santa María, con el rostro de todas estas veneradas imágenes de nuestra Señora, que mueven vuestros corazones. Ella nos ayudará a penetrar el hermoso misterio de nuestra fe en este día de san Pedro y san Pablo, que nos traen hasta nosotros a la Iglesia que nos preside en la caridad y al Papa Francisco, cuya figura sabemos que nos impulsa a sentir con la Iglesia universal.

Disfrutemos igualmente de la espiritualidad que nos transmite la celebración del Rito Hispano-Mozárabe, que también nos une a nuestros antepasados

y a su sensibilidad espiritual. Es posible que nos cueste un poco entrar en su espiritualidad, en sus atmósfera de signos, ritos y el ritmo celebrativo de nuestro venerable Rito. En sus oraciones y textos propios, sin embargo, se puede sentir y vivir el latido de la Iglesia que celebra la gloria de estos Apóstoles. Son textos bellos y hondos para orar en la celebración y en otros momentos después de la celebración. Es una cuestión de contemplar meditar lo que vamos orando en la presencia del Señor por la fuerza del Espíritu Santo, el que garantiza la comunión que nos da la Tradición.

## ORDENACIÓN DE PRESBITEROS Y DIÁCONOS

### S. I. Catedral Primada, 30 de junio

Mis queridos hermanos: pronto se cumplirán 40 años de la publicación de la Carta Pastoral de Don Marcelo, Cardenal-Arzobispo de Toledo, *Un Seminario nuevo y libre (septiembre de 1973)*. Es un escrito valiente y que apostaba por un Seminario Diocesano que viviera la novedad del Concilio Vaticano II sin olvidar cuanto la Iglesia quiere sobre esta institución vital para la Iglesia de Toledo. Cuantos celebráis en estos días el aniversario de vuestra ordenación y los que hoy recibiréis las órdenes sagradas haced una memoria agradecida al Señor, que con la sabiduría y el gobierno de Don Marcelo habéis encontrado en nuestro Seminario el ámbito adecuado en el que ha crecido vuestra vocación para el ministerio sacerdotal. Yo también quiero con vosotros unirme a vuestra acción de gracias.

Sabéis bien que una ordenación sacerdotal y diaconal es todo un acontecimiento de alegría y fiesta en una Iglesia diocesana. Es también vuestra fiesta, la de cada ordenando y su familia; la alegría del Seminario Mayor y del Menor; la alegría de las comunidades parroquiales; la alegría del presbiterio diocesano. Es mi alegría de Pastor de Toledo por tantas cosas. Quiero agradecer al Rector y su equipo de formadores tantos esfuerzos en la preparación de estos jóvenes. Sé que vosotros, padres de los ordenandos, habéis ofrecido vuestros hijos al Señor. No os arrepentiréis: ellos serán normalmente los que cuidarán mucho de vosotros. Hay que desterrar el tópico de que los padres pierden a los hijos que entran en el Seminario. No es verdad. Tenemos muchos ejemplos de ello.

Pero estos ordenandos estarán ávidos, tras escuchar la Palabra de Dios hoy tan espléndida, de oír lo que el Arzobispo diga el día de su ordenación. No es que yo piense que sea el más importante en esta celebración: lo decisivo es la acción del Espíritu Santo que, por Jesucristo, os conformará a Él como presbíteros y diáconos. Yo me limitaré a hacer algún comentario en lo que hoy se nos ha proclamado en la liturgia de la Palabra. Un primer dato inte-

resante de la 1ª lectura es que el profeta Elías, perseguido, huye hacia el sur, pero reconfortado por el Señor, recibe de Él el encargo de elegir su sucesor. Su acción simbólica echando encima de Eliseo su manto invita a éste a continuar su misión, de modo que Eliseo responde sin vacilación; deja hasta lo más querido para ser fiel a la llamada de Elías, que es la del Señor, y lo sella todo con un sacrificio generoso.

La rápida respuesta de Eliseo, su disponibilidad total es la que exige Jesús a los suyos, de los que le quieren seguir, esto es, de todos los cristianos. Tal disponibilidad da al profeta una total libertad para la misión confiada. El que es llamado, y los somos todos los cristianos, sabe que ante Dios todo cede. La prontitud de Eliseo, que deja los bueyes y corre tras Elías, nos está hablando de su sentimientos interiores que magníficamente quedan expresados en el salmo responsorial de hoy: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en su mano (...); me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (Sal 15). ¡Es un texto tan evocador para uno que va a recibir la ordenación sacramental! Nos recuerda a Cristo que nos ha llamado personalmente, y que hemos respondido a su invitación.

Sabido es que Jesús, al igual que san Juan Bautista y como solían hacer los rabinos de su tiempo, reunió en torno a sí un círculo de discípulos. Ahora bien, las diferencias que hay entre los rabinos y sus escolares y Jesús y sus discípulos son mucho mayores que sus semejanzas. Una de las características más llamativas del seguimiento de Jesús es el carácter absoluto de sus exigencias, conforme al mensaje del Reino. Jesús no quiere discípulos con el corazón dividido y menos entre los sacerdotes; los quiere convencidos de su absoluta novedad, y entregado a Él con todas las fuerzas de su corazón. Pues bien, son estas exigencias las que aparecen en el evangelio de hoy, en el que han reunidos tres episodios con un factor común.

En el primero, alguien se ofrece entusiasmado a seguir a Jesús –eso es posible–, y éste le hace notar con realismo lapidario la dificultad de la empresa: el Hijo del Hombre lleva una vida de apátrida, y hasta los animales tienen un vivir más seguro que el suyo. Seguirle es participar en ese mismo destino. Hay que ser muy realista. Sólo tenemos seguro el amor de Cristo. Pero en el segundo episodio es el que más nos llama la atención. ¿No sobrepasan aquí las exigencias lo que humanamente puede pedirse? ¿No es, además, un deber de piedad filial el enterrar un padre? Es evidente, sin embargo, que Jesús no se caracterizaba precisamente por su falta de sensibilidad o su dureza de corazón. Lo que sucede es que tal vez entendemos aquí más de lo que dice el texto. “Ir a enterrar a mi padre” parece suponer que el padre del llamado estaba agonizando o recién muerto, de “cuerpo presente”, vamos. Pero probablemente el texto no dice eso.

Y lo decimos por la manera como los semitas utilizan corrientemente verbos como “ir”, “levantarse”, “salir”, para decir simplemente que se hace una acción.

Como cuando Jesús dice: “No me elegisteis vosotros, sino que os elegí yo y os puse para que vayáis y deis fruto”. ¿A dónde han de ir los Apóstoles? En tales casos, al traducir debe prescindirse del verbo “ir”. Diría, pues, nuestra frase, nuestra frase: “Deja primero que entierre a mi padre”. No es preciso, entonces, suponer que su padre está enfermo o muerto, sino que el llamado aplaza el seguimiento mientras vive su padre. Probablemente tampoco la sentencia de Jesús decía en un principio “deja que los muertos entierren a sus muertos”, sino “deja que los indecisos entierren a sus muertos”. En arameo, en efecto, muertos e indecisos son palabras sumamente parecidas y pudieron ser confundidas al traducirlas al griego. En cualquier caso, estamos ante una sentencia que quiere llamar la atención sobre la verdad que se quiere destacar.

Esto mismo ocurre en la tercera respuesta de Jesús. Para comprenderla es útil conocer que el arado palestino, muy ligero, se maneja con una mano, que asegura su posición vertical, le da profundidad presionando, y le levanta al pasar entre piedras. La otra mano la necesita el labrador para estimular a los bueyes con una vara larga. Esta forma de arar exige habilidad y atención, ya que si el labrador se distrae, el nuevo surco se tuerce. La misma atención necesita el seguidor de Jesús; quien no es capaz de concentrar sus fuerzas en el Reino, no es digno de él.

No estoy, por supuesto, dando una clase de teología bíblica o haciendo gala de una erudición. Estoy intentando mostrar sencillamente que en este evangelio de Lc 9 el seguimiento de Jesús se entiende, por esas características, no en un sentido general, es decir, en cuanto que es camino común para encontrar al Señor. Se entiende en un sentido especial, restringido, que ya había diseñado el AT a propósito de Moisés y Elías: como seguimiento ministerial, seguimiento por encargo, un ser admitido, ser recibido, para una misión especial. Se alude, pues, a lo que más tarde fue llamado el sacerdocio de la Iglesia. Este evangelio nos habla a nosotros en esta hora de la ordenación, en la que podemos tener también presente la vasta multitud de los que oyeron y siguieron la llamada de Jesús.

Es el seguimiento de Jesús refrendado por la imposición de manos del obispo que está en la cadena de la sucesión apostólica. Se narra en esta escena el encuentro de Jesús con tres hombres. En ellos y en sus respuestas se refleja lo que es el seguimiento, lo que significa el sacerdocio. Si Jesús rechaza al primero que quería seguirlo, esto significa que el sacerdocio no lo puede elegir nadie por su propia decisión. No es posible imaginarlo como un modo de conseguir seguridad en la vida, de ganarse el sustento, de obtener una cierta posición social; algo que proporcione seguridad, protección y cobijo, como un medio de organizar la vida. Jamás puede ser simple medio de asegurar la subsistencia, ni una simple elección personal. Nadie puede darse a sí mismo o por sí mismo el sacerdocio auténtico.

---

Tampoco puede aplazarse la hora, porque existe la hora de Jesucristo, el instante que no puede aplazarse, porque no se puede calcular y decir: “Sí, quiero, por supuesto, pero ahora me resulta demasiado peligroso. Todavía tengo que hacer esto o lo otro”. También el tercer hombre de esta escena quiere poner en orden los asuntos pendientes de su casa. Pide un poco de tiempo, pero también a él se le dice: “Te necesito enteramente”. Es que no hay sacerdocio a media jornada ni a medio corazón. Es algo que requiere al hombre que se entrega, y no sólo una parte de su tiempo o de sus bienes.

Esto nos conduce de nuevo a Elías. El profeta dice a Eliseo, que quiere ser su sucesor, que pide una cosa difícil, pues ha de estar a su lado cuando sea llevado en el carro del fuego. Pues bien, lo que hemos oído en el evangelio acerca del seguimiento de Jesús también exige que tengamos el valor de estar cerca del fuego de Jesús, que ha venido para incendiar la tierra. Hay en Orígenes una sentencia atribuida a Jesús: “Quien está cerca de mí está cerca del fuego”. Esto es, quien no quiera ser quemado, debe alejarse de Él. En el sí al seguimiento se incluye el valor de dejarse abrasar por el fuego de la pasión de Jesucristo, que es también, al mismo tiempo, el fuego salvador del Espíritu Santo.

Nos damos cuenta, hermanos, que hemos de orar con fuerza por estos ordenandos. Lo vamos a hacer enseguida, para que no sean tibios y tediosos, sino que traigan este fuego al mundo. En el fondo es anunciar la alegría. Por eso a los servidores del evangelio los llama san Pablo “servidores de vuestra alegría”. Los santos y, sobre todo, Santa María serán nuestros valedores.





# SECRETARÍA GENERAL

---

## I. DECRETOS

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA  
*por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España*

Aceptada la instancia que nos presenta la Hermandad de «NUESTRA SEÑORA DE PEÑITAS», erigida canónicamente el 14 de febrero de 1989 y con sede canónica en la Iglesia Parroquial de “Nuestra Señora de la Asunción” de OROPESA (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos, reformados conforme a las norma canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Hermandad, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Sr. Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

### DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Hermandad de «Nuestra Señora de Peñitas» de OROPESA, según la nueva redacción aprobada en Asamblea General del 10 de septiembre de 2010, y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a propagar la devoción y amor a la Santísima Virgen María en la venerada advocación de “Nuestra Señora de Peñitas”, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 3 de junio de 2013.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,  
José Luis Martín Fernández-Marcote  
Canciller-Secretario General

\*\*\*

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA  
*por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España*

Aceptada la instancia que nos presenta la Cofradía de «Nuestra Señora de la Piedad (vulgo “de los judíos”)», erigida canónicamente el 29 de junio de 1994 en la parroquia de “San Juan Evangelista”, y con domicilio social en la CI Remedios, 21 de SONSECA (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes.

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Cofradía, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (ce. 301 y 312 al 320), Y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

#### DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Cofradía de «Nuestra Señora de la Piedad» de SONSECA, (Toledo) según la nueva redacción aprobada en Asamblea General Ordinaria celebrada el 24 de abril de 2013 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Cofradía ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar la devoción y amor a la Santísima Virgen María en la venerada advocación de Ntra. Sra. de la Piedad, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Cofradía un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 5 de junio de 2013.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,  
José Luis Martín Fernández-Marcote  
Canciller-Secretario General

---

## II. SAGRADAS ÓRDENES

S. I. Catedral Primada  
30 de junio de 2013  
11 de la mañana

Ministro: Excmo. Mons. Braulio Rodríguez Plaza.

### **Diaconado:**

1. José María Bonilla Fraile
2. Miguel Ángel Catalán Arévalo
3. Rafael María Contreras de Saro
4. Eloy García Mejías
5. Juan Francisco Gutiérrez García
6. Raúl Medina Noguera
7. Ángel Pérez Moreno
8. Francisco José Rodríguez González
9. José María Velázquez Muñoz  
todos diocesanos.

10. Hai Chao (Felipe) Yang  
con legítimas letras dimisorias del Excmo.  
Sr. Obispo de TianShui ((China).

11. Justin Musakanyiga
12. Prosper Nizigiyimana  
con legítimas letras dimisorias del Excmo.  
Sr. Arzobispo de Gitega (Burundi).

### **Presbiterado:**

1. Daniel Barranco Rodríguez
2. Víctor Carrasco Muñoz
3. Miguel Ángel Gómez Sánchez
4. Rubén González Criado
5. Manuel González Domínguez
6. Oscar Ramón Sanchís Barruguer  
todos diocesanos.

**III. NOMBRAMIENTOS**

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

*Con fecha 29 de junio:*

- D. Juan Antonio Silva Álvarez, capellán, con dedicación plena, del Servicio Religioso del Hospital-Centro Nacional de Rehabilitación de Paraplégicos, de Toledo.